

986.0234/.3/(85) "19"

477

Ecuador-Perú

DOS CENTENARIOS

Combate de Malpelo

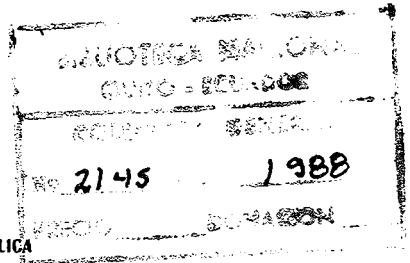
Agresión a Guayaquil

La defensa de la ciudad

RELACION HISTORICA

POR

CAMILO DESTRUJE



Imp. LA OPINION PUBLICA

1928

0000142 -K

PROLOGO

Refrescar la memoria de los hechos que afectaron la vida nacional en el pasado, es labor patriótica; porque las nuevas generaciones deben educarse, al par que en las duras, pero saludables lecciones de la experiencia, en el noble ejemplo de las virtudes ciudadanas, en el de heroísmos y abnegaciones admirables; y porque es tanto más grande un pueblo, cuanto más ferviente es el culto a que consagra su glorioso pasado y á los hombres que dieron lustre y honor á la Patria é inscribieron sus preclaros nombres en el catálogo de los inmortales.

Cuando un pueblo se encuentra en situaciones graves, que ponen á prueba el patriotismo, debe evocar su pasado y hacerse digno de sus antecedentes gloriosos.

En el presente año conmemoramos los ecuatorianos dos acontecimientos notables que señalaron, hace un siglo, uno de los más escandalosos atentados, obra de la codicia y de la ingratitud.

Son esas dos acciones las que hoy queremos refrescar en la memoria de los ecuatorianos; en esta hora de prueba para el patriotismo.

2145-100

Sufrimos hoy las consecuencias de la misma política falsa, ingrata y temeraria, que en 1828 provocó la Guerra de Colombia, la grande y benemérita, con la República del Perú.

Entonces fue Guayaquil el primer punto objetivo de los planes del Perú; entonces fue el Ecuador el teatro de los sucesos; entonces fueron nuestros pueblos los que sufrieron las inmediatas consecuencias del escandaloso atentado, los que tuvieron que aprestarse á la lucha, para la defensa del territorio y de la dignidad nacional.

Pero no fue aquello el comienzo de toda una política que había de perdurar hasta hoy.

Es preciso fijar antecedentes, para que se conozca y compruebe cómo, desde 1820, desde que Guayaquil proclamó su Independencia, la política peruana hizo labor perniciosa entre nosotros, en correspondencia á los auxilios que le prestáramos, á los sacrificios que hiciéramos para ayudarle en sus más angustiosas situaciones.

*
* *

Sabido es que la política del Perú se distinguió siempre desde el comienzo de la vida nacional de ese país, por un sistemático empeño de expansión territorial, con detrimento de los derechos ajenos; es decir, del Ecuador, cuyo dominio alcanzaba á los límites de la antigua Real Audiencia de Quito, que, al independizarse del poder español, al formar parte, en seguida, de la gran Confederación Colombiana y al constituirse en Estado independiente, en 1830, conservó intactos y nunca renunciados esos antiguos derechos de soberanía territorial,

Aun antes de constituída la República Peruana, se inició esa labor de *anexión* de territorios; se gestionó, se intentó porfiadamente y por todos los medios posibles,—aun los más reprobados,—la agregación de la Provincia libre de Guayaquil al territorio peruano; y se puede afirmar que tal fue el primer paso de la política sostenida y desarrollada hasta nuestros días.....

El Perú, aun cuando había proclamado, en 1821, su independencia, mediante la acción libertadora del ejército organizado en Chile y puesto bajo el comando en Jefe del General San Martín; no pudo sostener luego esa independencia; la dominación realista era cada vez más poderosa en ese territorio. Llegaron para el Perú los días angustiosos en que el pánico general obligó á los poderes públicos á confesar su impotencia y clamar por el auxilio de los ya libres Estados que constituyeron la antigua República de Colombia.

El Congreso peruano y el Presidente Riva—Agüero, solicitaron angustiosamente esos auxilios y la presencia y acción de Bolívar, que era la «única esperanza y única seguridad de salvar al Perú»

I más de quince mil bravos de Colombia,—de los cuales cerca de ocho mil pertenecían á los departamentos del Sur; es decir, á lo que es hoy República del Ecuador; toda una legión de héroes acostumbrados á vencer, volaron en auxilio de sus «hermanos» del Sur. Con ellos fue el más grande, el más ilustre de los Libertadores; el Perú fue redimido, y quedó para siempre afianzada la emancipación del Continente Americano.

Pero es verdad históricamente comprobada, que Bolívar y sus más esclarecidos capitanes, tuvieron que luchar, más que con las armas contra el poder realista, contra las malas pasiones, nunca dominadas, de los dirigentes y actuantes de la «política peruana»; contra las ambiciones, las intrigas, y aun contra la ingratitude, contra los odios mal encubiertos de que eran objeto los *libertadores*; entre tanto que éstos luchaban abnegadamente por la independencia de ese país, por la redención de los mismos que, desde esos instantes, pagaban con ingratitude la más negra, la generosa y salvadora protección que habían solicitado humildemente.

I terminada gloriosamente esa noble empresa, es cuando se dejan sentir con mayor fuerza los efectos de los dañados sentimientos contra los libertadores. Es entonces cuando la funesta «política peruana» pone en juego cuantos

medios tiene á su alcance,—por reprobados que sean,—para evidenciar la más odiosa de las ingratitudes.....

No hay exageración; no hay injusticia en lo que afirmamos. El estudio desapasionado de la Historia, el análisis sereno de los hechos comprobados, conduce irremediablemente á tan amargas, pero también exactas e indiscutibles conclusiones.

Es sensible, verdad, que en la historia de dos pueblos cuyos intereses eran comunes, cuyas levantadas aspiraciones eran o debían ser las mismas, cuyas relaciones de fraternidad debían afianzarse más y más, por efecto de esa misma comunidad de intereses, de luchas y de glorias; es triste, repetimos, que el desprendimiento, el desinterés, la abnegación, los sacrificios de todo género, de uno de esos dos pueblos, recibieran del otro el más cruel desengaño.....

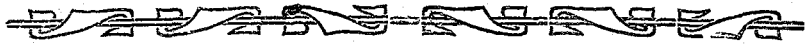
Es doloroso, asimismo, refrescar la memoria de tan ingratos antecedentes. Pero el presente está vinculado con el pasado; la Historia es juez inexorable, que salva o condena, que recompensa o castiga; y su justicia es sin apelación, porque está consagrada por la Verdad y por la Moral, de principios universales.

No hay en nosotros, ni pasiones exaltadas, y ménos odios, ni siquiera rencores. Hay solo espíritu de verdad y de justicia, aun cuando sea doloroso el obligado concepto en el recuento de los acontecimientos del pasado.....

Es la Historia la que se encarga de fijar responsabilidades; no hay sino ella para la justicia distributiva.

Abramos, pues, el proceso histórico de toda una Centuria; veamos los comienzos de una obra de ingratitud, de farsas, de engaños, de traiciones, de atentados; obra que, después de más de un siglo continúa en desarrollo, con nuevo escándalo, con nuevo atropello en el presente y cuya finalidad pertenece al porvenir.....

EL AUTOR.



CAPITULO I

Antecedentes

I

En 1820, una parte del Ejército Libertador de Colombia, hacía la Campaña del Cauca, al mando del General don Manuel Valdés, con instrucciones amplias de Bolívar para operar en todo ese territorio. El objetivo era la rendición y ocupación de Pasto, para marchar en seguida sobre Quito.

Grandes obstáculos halló Valdés en esa campaña,—como los halló luego el mismo Libertador;—por la resistencia indomable de los pastusos, fanáticos defensores del poder monárquico.

En todo el curso de las operaciones, el General Valdés solo había alcanzado el triunfo de *Pituyó*, que, en verdad, no resultó de mayor importancia; ya que las dificultades se multiplicaban, sea por la furiosa resistencia de los pastusos, sea por los efectos del clima, las consiguientes enfermedades, las contrariedades para la comunicación y para el espionaje; la falta de recursos, etc.

Tal era el estado de esa campaña hacia el último cuarto de 1820, que no valían los mayores esfuerzos para hacerla prosperar.

Digamos, de una vez, que el 2 de Febrero de 1821, se dió la acción de *Jenoi*, que fue desfavorable para las armas libertadoras.

*
**

A fines de Setiembre de 1820, desembarcaba en suelo

peruano la expedición libertadora organizada por el Gobierno de Chile y puesta bajo el comando en Jefe del General don José de San Martín, para abrir la campaña en ese territorio del Perú, donde era aún poderosa y en lo absoluto la dominación monárquica española.

La escuadra chilena, organizada y comandada por Lord Cochrane, así como la histórica corbeta «Rosa de los Andes», cuyo Comandante era el ilustre marino don Juan Illingworth, habían efectuado una brillante campaña marítima, desde 1819, acosando, derrotando y apresando á las naves españolas; hasta el punto de asegurar el dominio de la escuadra republicana en el Mar del Sur, desde Valparaíso á Panamá.

El General San Martín, desde los comienzos, halló grandes dificultades y muchas resistencias, que hacían sumamente pesadas y complicadas sus operaciones; que le ofrecían graves obstáculos, y solo le permitían avanzar muy lentamente en la campaña libertadora.

*
* *

Hallándose en tal estado las campañas de Bolívar y San Martín, estalló la Revolución del 9 de Octubre de 1820 y se realizó la proclamación de la Independencia de la Provincia de Guayaquil, que era parte integrante del territorio de la Real Audiencia de Quito.

Todos los historiadores verdaderamente tales, están conformes en el concepto de que la Revolución de Guayaquil fue de la mayor importancia, fue decisiva, mejor dicho, para los resultados inmediatos y finales de las campañas de Bolívar y San Martín.

Es decir, que se cumplió la profética afirmación de León de Fébres Cordero, en una de las reuniones de conspiradores, cuando, considerando, analizando y expresando la situación en que se hallaban aquellas campañas, y penetrando con admirable clarovidencia en el porvenir, dijo estas hermosas frases:

«El ejército de Chile conocerá que no viene hacia país enemigo; y que, en caso de algún contraste, tiene un puer-

to seguro á sotavento; un puerto que podremos convertir en un Gibraltar

«El General Bolívar nos mandará soldados acostumbrados á vencer; y de aquí le abriremos las puertas de Pasto, que á él le será muy difícil abrir, atacando por el Norte».

Todo se cumplió; en todo estuvo acertado; ya en los efectos morales y materiales de la Revolución; ya en las ventajas del puerto y astillero para las operaciones de la escuadra de Cochrane; ya en los auxilios que se apresuraría á enviar Bolívar; ya, en fin, en cuanto á la profética afirmación, realizada después, mediante la hermosa jornada de *Pichincha*, que obligó la capitulación de Pasto y abrió al Libertador las puertas de la ciudad rebelde y el paso franco para el Sur.

I hasta en lo de hablar *únicamente de las ventajas* que ofrecerían al ejército de San Martín sin expresar nada sobre auxilios que se pudieran esperar de ese lado. Porque, en efecto, los auxilios los recibió San Martín de Guayaquil, en gruesas sumas de dinero, en especies, en cuanto era solicitado sin obtener nunca igual correspondencia.

Es incontestable que Guayaquil cumplía así un deber de patriotismo; pero es, asimismo, irreplicable, que tal deber lo llevó hasta el más admirable grado de abnegación; porque se desprendía de tantos recursos, cabalmente en los instantes en que nuestros pueblos hacían los mayores sacrificios para reunir los elementos que se agotaban y eran indispensables para sostener y afianzar la independencia proclamada, para mantener la campaña sobre nuestras provincias interandinas, cuyos hijos esperaban á sus hermanos del Guayas y estaban ávidos también de libertad y dispuestos, asimismo, á todo sacrificio

Veamos ahora cuales fueren la actitud y los procedimientos que se dejaron sentir de parte de la política del Perú.

II

La goleta guayaquileña «Alcance», en la que fue el ilustre Villamil á anunciar á San Martín y Cochrane la Revolución de esta ciudad; estuvo de regreso el 14 de Noviembre de 1820.

En ella vino el Coronel don Tomás Guido, ayudante de San Martín, con misión diplomática ante la Junta de Gobierno de Guayaquil.

Iba á iniciarse la obra que continuó, en varias formas y por diversos medios, hasta provocar la Guerra de 1828—29.

Porque,—como lo expresamos y probamos extensamente en otro de nuestros trabajos históricos (1) «la misión Guido fue el primer paso en la empeñada empresa de incorporar la Provincia de Guayaquil al territorio peruano».

El Coronel Guido procedió inmediatamente en el sentido de tal empeño de incorporación; pero es lo cierto que no se concretó á gestiones diplomáticas; sino que se dió á trabajar secretamente y á mover influencias, para «formar opinión», para crear un «partido» favorable á la incorporación al Perú cuando aún no existía el Perú como nación independiente!

La obra de Guido fue odiosa; hay que decirlo sin contemplaciones. Porque, debido á ella, surgieron intrigas y sobrevinieron escándalos, que en ocasiones llegaron á tener tal carácter de gravedad, que, aprovechados por los enemigos de la Independencia, por los realistas, expuestos estuvimos los guayaquileños á perder la emancipación proclamada

La Junta de Gobierno asumió la actitud que le correspondía.

Guido vió fracasadas sus gestiones diplomáticas; más, no por ello desistió de su ingrata labor de intrigas, fomentando el espíritu de partido, creando odios y rivalidades,

(1)—Historia de la Revolución de Octubre y Campaña Libertadora de 1820—22.

en un pueblo que estaba en el caso preciso de absoluta unificación, para atender exclusivamente á la campaña para el sostenimiento de la Independencia proclamada.

La obra de Guido fue, si se quiere, hasta obra de traición á la gran Causa Americana y aún á los intereses del mismo San Martín y su ejército. Porque introdujo la anarquía, que habría podido perdernos; y perdido Guayaquil, las consecuencias más fatales se hubieran dejado sentir para la campaña de San Martín, en su empresa libertadora del Perú.

El 5 de Enero de 1821, tomó pasaje en la goleta «Alcance», para regresar al Cuartel General de San Martín.

Pero dejaba sembrada la semilla de la discordia y dejaba también á otros que, como Luzuriaga, Aaraujo y demás, debían proseguir la perniciosa labor. (1)

Apenas hacían cinco días de haberse ausentado Guido, cuando, el 10 de Enero,—se descubrió y desbarató, felizmente, un plan de sublevación preparado por los agentes y partidarios de la agregación de esta Provincia al todavía no libertado Perú. I se constató que, en realidad, los que, en definitiva, iban á aprovechar de tal plan, eran los partidarios de la reacción monárquica.!

La Junta de Gobierno, en el manifiesto que hizo circular, se expresaba así:

«Reciente está la memoria de la conducta circunspecta del Gobierno y del respeto con que ha visto la Ley que escribió el pueblo. Apenas han transcurrido dos meses en que, *hallándose aquí los oficiales comisionados del General San Martín, se exaltaron los ánimos de algunos y pidieron que esta Provincia se agregara, no á un Estado opulento, sino que se sujetara á un Ejército.*—Esta pretensión, apoyada con las mismas armas en que debía sostenerse la libertad, no pudo contrarrestar nuestra firme-

(1).—Mas tarde se comprobó que el Coronel Araujo,—uno de los que vinieron con Guido,—traicionaba á la Causa de la Independencia, siendo Comandante de Armas de Guayaquil.—Véase nuestra obra ya citada», Revolución de Octubre, etc.»

za; y, tranquilos, en medio de las pasiones particulares, adoptamos un medio ventajoso al bien general, para contar con aquel Ejército, sin eludir la Ley».....

Razones concluyentes las de la Junta; pero á tales razones no atendieron los elementos ganados por obra de la labor de Guido; y ménos influyeron, más tarde, para evitar los procedimientos con que continuaron la misma política el Plenipotenciario Salazar y otros, llegados del Perú; quienes se constituyeron en dirigentes del «partido» que dejara Guido en Guayaquil.

*
**

Muy diversos fueron los procedimientos del Libertador Bolívar.

Comprendió al instante la gran importancia de la Revolución de Guayaquil; y lo primero fue enviar al General don José Mires, con buena cantidad de armamento y pertrecho, y la oferta de auxilios.

En el oficio dirigido á la Junta de Gobierno le decía:

«Protesto á V. E. MI RESPETO A LOS DERECHOS Y LIBERTADES DE ESE VIRTUOSO PUEBLO.—Mis ardientes deseos de precaver su exterminio, si volviera á caer bajo el poder español, y facilitar la libertad de Quito y demás provincias limítrofes, SON LOS ÚNICOS OBJETOS QUE ME OCUPAN EN ESTE MOMENTO».....

Ni en las instrucciones á Mires, ni en los oficios, en nada, había una sola palabra relativa á *incorporación* de la Provincia; nada de lo que pudiera ser causa de recelos y trastornos como los provocados por Guido y demás; con tanta falta de tino y aún de patriotismo.

Es verdad históricamente comprobada, la de que «el comportamiento discreto del enviado del Libertador, dió en Guayaquil á la causa de Colombia, más simpatías y partidarios, que cuantos se hubieran alcanzado por medio de una propaganda activa; de tal manera que, cuando después vino el General Sucre, el partido colombiano era fuerte, numeroso y de grandes influencias.»

*
**

La Junta de Gobierno de Guayaquil, insinuó á Bolívar la necesidad y conveniencia de auxilios en hombres, armas y municiones; y el Libertador envió al benemérito General Antonio José de Sucre con todos esos recursos é instrucciones amplias sobre el procedimiento que debía adoptar.

El ilustre futuro Mariscal de Ayacucho, supo desempeñarse con tal habilidad, que, una vez nombrado por la Junta para Comandante en Jefe del Ejército y Director de la Guerra, pareció como si se desentendiera por completo de todo lo relativo á «incorporación» de la Provincia; pero procediendo con tan discreto tino, que esta cuestión se fue encausando favorablemente, y avanzaba más, mientras más ageno á ella aparecía el mismo Sucre.

No dejaron de producirse graves incidentes, por efecto mismo de los partidos ya en acción; pero aún los actos que eran favorables á la incorporación á Colombia, los trataba Sucre con atinada intervención pacificadora; haciéndose así más grato y cumpliendo hábilmente su delicada misión.

Compárese, pues, la obra de Sucre con los procedimientos de Guido, Salazar y otros, tan diametralmente opuestos, en relación con los más altos, los más sagrados intereses, no solo de Guayaquil, sino de la Causa de la Emancipación Americana, en general.

*
**

El General Sucre, ya organizado el Ejército, salió á campaña; obtuvo el señalado triunfo de *Cone* (Yaguachi) pero sufrió un revés en los funestos campos de *Huachi*.

Varió luego su plan de campaña sobre Quito; resolviendo llevar su División por Cuenca, para seguir á *Rio-bamba* y marchar en seguida sobre Quito.

Se hicieron muchas gestiones para que el General San Martín devolviera el batallón *Numancia*, compuesto de venezolanos y cuya acción había sido decisiva para la campaña hasta la ocupación de Lima. Ese mismo cuerpo solici-

tó que se le enviara; pero todas las gestiones fueron inútiles; San Martín se negó siempre, á pretexto de que no podía desprenderse de tan lucida unidad.

I sin embargo, terminó por *consentir* en que la División de Piura, comandada por el Coronel Andrés Santa Cruz, viniera á reunirse con la de Sucre, para la campaña sobre Quito; y el mismo San Martín vino hasta Paita, con otro objeto ostensible, pero con el positivo de dar instrucciones á Santa Cruz.

¿Por qué se decidió á desprenderse el *Protector* del Perú de esa división; y cuales eran las instrucciones dadas á su Jefe?

Porque tenía necesidad de poner fuerza suficiente en nuestro territorio, para el cumplimiento del plan concebido para la agregación violenta de la Provincia de Guayaquil al Perú.

El Coronel Santa Cruz, una vez dada la acción final en la campaña sobre Quito, debía dirigirse rápidamente con su división á la plaza de Guayaquil. El General San Martín saldría oportunamente del Callao, para venir á desembarcar en nuestro puerto; y entonces, efectuar por la fuerza la anhelada incorporación.

Pero no contaba con que dos ilustres próceres de la Independencia de Guayaquil, los entonces Coroneles Luis de Urdaneta y León de Febres Cordero eran, respectivamente, segundo Jefe y Jefe de Estado Mayor de esa División de Piura; y ellos habían de impedir que se realizara el atentado.

Reunidas, pues, ambas divisiones, al mando en Jefe de Sucre; ocupada la plaza de Cuenca é incorporada toda esa provincia á la República de Colombia, siguió el Ejército Libertador hacia Riobamba; se libró la acción del 21 de Abril de 1822; el ejército realista emprendió la retirada hacia Quito y Sucre ocupó Riobamba.

No tardó en seguir tras de los realistas; y después de una marcha rápida y diversos movimientos estratégicos,

sobrevino la hermosa jornada de *Pichincha*, en la que se cubrió de gloria el Ejército Libertador, el 24 de Mayo de 1822.....

*
**

El Coronel Santa Cruz quiso cumplir las instrucciones de San Martín; pero Sucre, primero, y Bolívar después, fueron informados del plan que se pretendía desarrollar; pues que Fébres Cordero y Urdaneta lo conocieron y no pudieron consentir en su consumación.

Así fue cómo se dispuso que la División Santa Cruz marchara á Riobamba y de allí á Cuenca, para salir por Loja de regreso á Piura.

Al mismo tiempo, Bolívar, con su admirable actividad, se trasladó á Guayaquil, con los mejores cuerpos de las fuerzas de Colombia; y, en llegando á esta ciudad, comenzó inmediatamente sus gestiones para la incorporación de la Provincia de Guayaquil á la República de Colombia.

Y se hallaba Bolívar en Guayaquil y tenía muy avanzadas aquellas gestiones, cuando el General San Martín, que se había embarcado en el Callao y venía confiadamente á ejecutar su proyecto,—llegó hasta cerca del puerto, fue informado de la presencia del Libertador en la ciudad, y resolvió regresarse, sin avanzar hasta el puerto.

Pero Bolívar, instruído de todo, se apresuró á enviarle á uno de sus Ayudantes, con una carta de lo más expresiva, invitándole á que viniera, á que avanzara á Guayaquil, donde le esperaba con los brazos abiertos.....

El mismo Bolívar le hizo preparar á San Martín el recibimiento solemne que le era debido.

Entonces se realizó la histórica Entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil; entrevista que tuvo como punto principal la incorporación de esta Provincia.

San Martín se convenció de que serían inútiles todas sus gestiones.

Casi al término de esas conferencias, Bolívar, bien instruído de las cosas, reveló á San Martín que, mientras él se ocupaba en Guayaquil de procurar darle al Perú un rico y

floreciente departamento más; los peruanos desarrollaban una intriga y formalizaban una conspiración contra él, contra el *Protector*.

Convencido San Martín, se apresuró á embarcarse y regresar al Callao.

Ya en Lima, acabó de convencerse de la verdad de lo que le revelara el Libertador; y el resultado fue su dimisión y que se separara del Perú «para jamás volver»

Llevaba un cruel desengaño á cambio de sus grandes servicios; la ingratitud fue toda la recompensa que recibió como libertador del suelo peruano (1)

III

Incorporada la Provincia de Guayaquil á la República de Colombia, por resolución de la Junta Electoral o sea el Cuerpo de Representantes, casi de seguida se ocupó Bolívar de dictar órdenes á efecto de enviar fuerzas colombianas para la Campaña libertadora del Perú.

Decía el General San Martín á Bolívar, en carta del 13 de Julio:

«El Perú es el único campo de batalla que queda en la América; y en él deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo contra los que ya han sido vencidos, en todo el Continente»

Esto había de suceder; pero San Martín no había de presenciarlo; ya que, como antes dijimos, se alejó del Perú para siempre, al ser objeto de ingratitud

Ordenó el Libertador que se organizaran las primeras fuerzas para ir en auxilio del Perú, más que nunca amenazado de perder las ventajas adquiridas mediante la campaña de San Martín, y ser sometido nuevamente á la dominación realista.

Esas primeras disposiciones, las reformó el mismo Bo-

(1)—Los pormenores de la entrevista de Guayaquil, véanse en la obra «Entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil», por C. Destruge.

lívar, organizando de mejor manera una División, cuyo Comandante en Jefe recayó, en definitiva, en el General Juan Paz del Castillo (1)

El 6 de Setiembre de 1822 desembarcaban las primeras fuerzas colombianas en el Callao.

Los beneméritos que habían completado y consolidado la independencia de la Gran República de Colombia, iban ahora, sin tomar reposo, á luchar y á triunfar en la empresa redentora del Perú

Pero, desde los comienzos, tuvieron que experimentar los libertadores colombianos los efectos de intrigas, de procedimientos ingratos, de una política absurda y anti-americanista; al punto de que Paz del Castillo recibiera órdenes de retirarse con su División.

Muy pronto había de repetir el Perú sus gestiones, cada vez más empeñadas y fervorosas, en demanda de los auxilios de Colombia.

La derrota sufrida por el ejército peruano, al mando del General Alvarado, y el consiguiente triunfo de Canterae, llenaron de congoja á los peruanos que, comprometidos ya, consideraban con temor las consecuencias de su derrota.

I á pesar del primer desengaño, Colombia oyó los clamores del Perú y se aprestó nuevamente á llevar sus armas vencedoras para la empresa redentora del único país que en el Continente estaba aún bajo la dominación española, que había adquirido allá grandes ventajas.

Principalmente, los tres departamentos colombianos del Sur (2) se aprestaren con entusiasmo á la empresa; dieron

(1)—Los pormenores de esta primera expedición y las subsiguientes, pueden verse en la obra «Guayaquil en la Campaña Libertadora del Perú», por C. Destruge.

(2)—Debe tenerse presente que los tres departamentos del Sur,—Quito, Guayaquil y Azuay, que habían entrado á la confederación de la Gran Colombia, se constituyeron, juntos, en Estado independiente, en 1830; reasumiendo los límites que en derecho le pertenecían; es decir, los de la antigua Real Audiencia de Quito.



cuanto tenían, en hombres, en recursos de toda especie, y vaciaron sus arcas para el sostenimiento de esa Campaña libertadora del Perú.

I procediendo con la mayor hidalguía, para evitar interpretaciones siniestras, se hizo la declaración siguiente en «El Patriota de Guayaquil»:

«El Perú y todas las naciones de la América del medio-día, pueden estar seguros de que la familia colombiana, dueña y poseedora de terrenos tan vastos como fértiles, y tan rica como industrial; *no ambicionará jamás ensanchar sus límites, ni enervar sus fuerzas, prolongando el radio de su actividad, cuando necesita más bien de concentrarlos.* Colombia, agobiada ya bajo el peso de tantos laureles, no ambiciona ya la gloria de los vencedores; pero Colombia volará, con todas sus fuerzas, con todos sus recursos, á dónde quiera que exista un solo tirano»

*
* *

El 18 de Marzo de 1823 se firmó en Guayaquil el Convenio sobre auxilios de Colombia para la Campaña del Perú. Se enviarían seis mil hombres, y más si fueran necesarios; y el mismo día se despachó el primer contingente de tropas.

El Presidente del Perú, Riva—Agüero, había dirigido á Bolívar cartas suplicatorias, extremando las expresiones de admiración, de confianza y gratitud.

«Cuando invité á V. E., —le decía, —para que viniese á dirigir nuestras operaciones, *como único medio de salvar al Perú en las críticas circunstancias en que se hallaba, conté con la voluntad de todos los peruanos, que deseaban ardentemente lo mismo que yo proponía á V. E.*

«El Soberano Congreso acaba de confirmar la exactitud de mis ideas en este particular. El ha expedido el decreto que tengo la honra de enviar á V. E.; manifestando sus vivos deseos de que llegue á realizarse la venida del Héroe de América.

«Después que V. E. ha llenado el mundo con su fama, dando la libertad á su Patria, con una constancia, un valor y una pericia propios solo de V. E., no falta á su gloria, sino que emplee su espada, EN FAVOR DE UN PUEBLO QUE, EN SUS MAYORES DESGRACIAS, OCURRE A LA PROTECCIÓN DE V. E.»

El 7 de Agosto de 1823 se embarcaba Bolívar en Guayaquil, y el 1º de Setiembre hacía su entrada solemne en Lima, donde fue recibido con delirante entusiasmo.

Continuó el envío de tropas de Colombia y el de toda clase de recursos.

Los tres departamentos del Sur (la actual República del Ecuador) llegaron á quedar exhaustos; porque habían dado cuantos hombres tenían para la guerra, al extremo de afirmar el activo y celoso General Salom que *ya no había de donde sacar más gente*. De los quince mil hombres que Colombia dió para la Campaña libertadora del Perú, las dos terceras partes salieron de nuestros tres departamentos del Sur.

Esto, aparte de los grandes recursos en dinero; nos arruinábamos; parecía como si no hubiera ya de donde sacar un solo peso; pero el patriotismo hacía milagros y los recursos surgían y eran enviados para la obra de la redención del Perú.—Las contribuciones extraordinarias; las de cuotas mensuales, las cuantiosas donaciones voluntarias; todo, todo iba hacia allá; todo se dedicaba á la empresa libertadora del Perú.

I entre tanto, á poco de asumir Bolívar el mando de que se le invistiera, comienza ya á sentir los efectos ingratos de la mala fé, de la inconsecuente política peruana. Es ese mismo Riva—Agüero el que se revela, el que traiciona la causa americana. I luego otros, y otros más; de donde resulta que mayor es la lucha que sostiene el Libertador contra las malas pasiones y contra la obra de la ingratitud, que la que mantiene con las fuerzas monárquicas en campaña.

Complican los peruanos la situación, la agravan á cada momento más, con sus traiciones, con sus deserciones, con

sus intrigas; se pierde la plaza del Callao por obra de la traición; hay que desocupar la Capital, y la Causa de la Emancipación está en grave peligro.

A tal punto llegan las cosas, que exasperan á Bolívar y hay un instante en que se resuelve á abandonar ese suelo ingrato y dejarlo entregado á su suerte.

Pero entonces sobreviene el pánico; el pánico les hace más cuerdos; suplican, ruegan é invisten á Bolívar de amplios poderes y facultades extraordinarias.

I Bolívar, con sus ilustres capitanes y su heroico Ejército, salva al Perú.

El 6 de Agosto de 1824, los campos de JUNIN son teatro de la más admirable jornada, en la que el Libertador alcanza nueva y señalada victoria.

El 9 de Diciembre de 1824, se dá la brillante batalla de AYACUCHO, que cubre de laureles á los libertadores, aumenta la gloria del benemérito Sucre, consuma la libertad del Perú y afianza para siempre la Emancipación Americana.

En Enero de 1826 capitula el Callao, después de largo asedio de la Escuadra Unida, al mando del ilustre Almirante Illingworth, y la división sitiadora, bajo las órdenes del benemérito Salom; quedando así completada la noble empresa que llevó á los héroes de Colombia al suelo peruano.

Vemos luego, cómo van retornando á la patria los restos de nuestras divisiones, de nuestros cuerpos de ejército. Vienen en esqueleto, y muchos de esos abnegados libertadores del Perú, regresan á sus hogares, mutilados, inválidos, pero orgullosos de haber cumplido con su deber.

Rechazá Bolívar un millón de pesos que se le ofrecía con insistencia. Ese no es de los que aprecian el dinero como premio al patriotismo; es de los que invierten sus caudales todos en la obra grandiosa de la libertad y mueren pobres después de haberlo dado todo á la Patria.

Pobres, desarrapados, desnudos, hambrientos han estado en tierras del Perú nuestros bravos luchadores; y regresan en el mismo estado; pero llenos de gloria.

Es ya la finalidad? Puede Colombia reposar tranquila sobre sus laureles?

Nó; que ha terminado la Gran República su empresa redentora; pero tiene que recoger ahora los frutos de su abnegación Vá á comenzar ahora, con mayor fuerza, la obra de la ingratitud.



CAPITULO II

Las provocaciones y planes del Perú

I

Había quedado en Lima la 3ª División Colombiana, que se sublevó en 1827, bajo pretexto de no estar de acuerdo con la dictadura de Bolívar, etc.

Pero es cosa averiguada y resuelta históricamente, que tal sublevación obedeció á los manejos de las intrigas políticas del Perú, que no desistía de sus planes en cuanto á apoderarse de los departamentos de Guayaquil y Azuay, para incorporarlos violentamente á esa República.

Í confirmaron plenamente los hechos de entonces, cuanto se ha comprobado después.

La Gran República de Colombia cosechaba odios, ingratiitudes y traiciones, a cambio de beneficios sin cuento y en correspondencia á su noble obra de la redención del Perú,

Esa 3ª División se embarcó en el Callao y vino á invadir los dos departamentos, introduciendo la anarquía en estas tres secciones colombianas, que eran las que mayores sacrificios habían hecho para la independendencia del Perú.

Felizmente, ese atentado, aunque nos mantuvo por algunos meses en el más escandaloso desorden, fue dominado por la lealtad del ejército colombiano y por la actitud de los más distinguidos entre los jefes encargados de la defensa de nuestros departamentos y miles de honorables ciudadanos.

Mas, no por ello desistió el Perú de continuar en sus manejos, con toda la mala fé que siempre ha distinguido á su política internacional.

Comenzó, o continuó, mejor dicho, el desarrollo de sus insidiosos planes, dirigidos á provocar la guerra con la República de Colombia.

El Ministro Plenipotenciario del Perú en Bogotá, don José Villa, desarrollaba la política engañosa, falsa y aleve que ha distinguido en todos los tiempos á la diplomacia peruana.

Fue anunciada su misión como tendiente «á contestar los cargos que se hacían en Colombia sobre la guerra que el Perú le preparaba; y, además, arreglar cuantos puntos estaban pendientes; tales como las reclamaciones de Colombia sobre la devolución de la provincia de Jaén y parte de la de Mainas (ambas de la antigua Real Audiencia de Quito) y otros asuntos más»

I qué resultó?—Lo mismo que en tantas otras ocasiones.

Manifestó *no tener instrucciones* de su Gobierno; principalmente en lo que concernía á la reclamación territorial. I así comenzó un procedimiento insidioso, en el cual llegó á la audacia de sostener que el Perú *no podía reconocer el Convenio del 18 de Marzo de 1823*, mediante el cual la República de Colombia llevó sus armas victoriosas al Perú, para la redentora campaña de su emancipación! Era hasta donde podía llegar la ingratitud en su más escandalosa manifestación El Perú, ya libre, por el esfuerzo heróico, por los sacrificios generosos, por los brillantes triunfos de los beneméritos de Colombia la Grande desconocía ahora el Convenio que fue la base para su redención; el Convenio mediante el cual fue ese país redimido de la dominación monárquica.

No era posible tolerar tanta mala fé, tanta zudacia; y el Gobierno Colombiano extendió su pasaporte á Villa, como á simple particular, no tratándole como diplomático; tanto más, cuanto que, en su procedimiento faláz, entró la circunstancia de que no presentara sus credenciales con arreglo á lo prescrito por la Constitución del Perú

Debemos repetir con un historiador:—«El señor Villa, en puridad de verdad, mas que á reconciliar, vino á irritar

los ánimos; y no sólo ésto, sino que, durante su permanencia en Bogotá, fomentó las pasiones de partido»

Hizo la misma labor de Guido en Guayaquil, en 1820; la misma labor que otros agentes del Perú cuando la invasión de la 3ª División, en 1827; y aun llegó á más, porque fue cómplice o, por lo menos, asusador en el nefando atentado contra la vida de Bolívar, fracasado, felizmente, en la noche del 25 de Setiembre de 1828!

En todo ésto no había otra cosa que el desarrollo del sistema político del Perú. Preparándose para provocar la guerra, introducía sus agentes á nuestro territorio para que fomentaran la anarquía.

Después de ésto, no cabía otra cosa que la guerra; y la guerra fue declarada.

II

En el Departamento de Guayaquil, como el más próximo al Perú y en condiciones de observar mejor los manejos de ese país, las personalidades de mayor suposición y más autorizadas para juzgar acertadamente los hechos, llegaron á convencerse de que la guerra era inevitable y aun de la conveniencia de prepararse inmediatamente á ella; de la necesidad de ella, para acabar de una vez y resolver de hecho la situación creada por la artera política y los manejos odiosos del Perú.

Veamos cómo se expresaban algunos de los más entendidos hombres, de los más capacitados para juzgar de la situación.

En carta del 29 de Noviembre de 1827, decía el General Juan José Flores al Libertador:—«*Los agentes peruanos no pierden ocasión de minar la masa del pueblo, para llevar á cabo sus miras insidiosas*»(1)

En otra le decía el General don Juan Illingworth, Intendente del Departamento de Guayaquil:

«El honor nacional está bastante comprometido, y temo

(1)—Ya veremos cómo este mismo pueblo, llegado el momento, asumió la actitud resuelta inspirada por el patriotismo.

que, interpretando la moderación como debilidad, logren, al fin, nuestros enemigos, desmembrar la República por esta parte».

En la del 14 de Diciembre de 1827, al mismo Bolívar, se expresaba Illingworth así:

«Los preparativos de los peruanos continúan siempre; tienen actualmente dos mil hombres de tropa de línea en la provincia de Piura; pero ya se quejan de la falta de recursos. Sus papeles contienen protestas de paz (!); y, aunque yo la quisiera, para que reposen los pueblos, *temo que V. E. y Colombia se arrepentirían de una negociación pacífica con un pueblo sin fé*».

En la de 14 de Abril de 1828, decía:

«Nuestras fuerzas en el Sur se mantienen en un excelente pié y llenas de entusiasmo; pero la misma imposibilidad de poderlas sostener por mucho tiempo parece indicar que *hay absoluta necesidad de vengar los agravios*»

«La cuestión de paz o guerra con el Perú, es cada día más intrincada. Vemos ahora que hace extraordinarios esfuerzos; y, halagado por las desgracias de Bolivia, su política no observa límite alguno»

«Hice averiguar por una carta de Pedro Roca escrita á uno de aquí, en la que dice que, desocupada ya la fuerza de Gamarra, por la revolución de Chuquisaca el 18 de Abril, *se destinarían á invadir este departamento (Guayaquil) tres mil hombres de aquella división; y que la de Piura, puesta al pié de cinco mil y pico de soldados, marcharía hasta Quito, en donde debía aguardar las contestaciones de V. E.* Que ellos hayan concebido y pensado llevar á efecto un plan de esta especie, no hay la menor duda» (1)

Por último, contestando á una carta de Bolívar, fechada

(1)— Precisamente, fue lo que intentaron los invasores peruanos; pero recibieron merecida y completa lección con su dorrota absoluta en Tarqui. Fueron, en efecto, ocho mil; pero bastaron cuatro mil de nuestros beneméritos para castigar esa alevosía.

en Ocaña el 28 de Abril, le decía Illingworth en la suya del 21 de Junio:

«Entonces (en Marzo de 1828) la situación del Perú y la nuestra, aconsejaban lo que V. E. previene: desentendimiento y dejar á su propia suerte á nuestros ingratos vecinos. Mas, hoy, todo ha cambiado de aspecto, y nos vemos en la precisión de meditar los eventos con las armas en la mano, y aprovecharlas aun para defendernos».....

Todo indicaba que debíamos apresurarnos á organizar la defensa; pues, aun cuando no estaba declarada la guerra, el Perú procedía en tal sentido, que estaban bien claras sus intenciones, y no debía tomarnos de nuevo una sorpresa traidora.

Pronto, muy pronto íbamos á experimentar lo previsto por el Intendente Illingworth; muy pronto iba á quedar plenamente demostrado cómo el Perú hace tabla rasa del Derecho, y nada respeta, todo lo atropella, empujado por su mala fé, por su ambición.....



CAPITULO III

La primera agresión

COMBATE DE PUNTA—MALPÉLO

I

Entre tanto que el Perú, con su diplomacia falaz, pretendía entretener y engañar al Gobierno de Bogotá, por medio de los procedimientos del Ministro Villa, que ya hemos apuntado; esa Nación, sin escrúpulos, se aprestaba para agredir á los departamentos colombianos del Sur, aun sin esperar el resultado de sus maquinaciones en Bogotá.

I así fue cómo, aun antes de ser declarada la guerra, ya el Perú nos hostilizaba por el Golfo y cometía atropellos en la frontera.

Conviene que, antes de relatar lo que sucedió en aguas del Golfo de Guayaquil, digamos cómo el Intendente Illingworth había previsto lo que sucedería; cómo concibió un magnífico plan para evitarnos las agresiones de la escuadra peruana; y cómo fracasó ese plan, por circunstancias que, fatalmente, ocurrieron cuando todo hacía esperar el mejor resultado.

En la carta del 14 de Abril decía Illingworth al Libertador:

«De marina estamos, como V. E. sabe, muy pobres, no teniendo ya más que la *Guayaquileña*; pero, si se aprueba la propuesta de Luzarraga, que mandé en el correo penúltimo, tendremos un bergantín muy bueno, que, con una corbeta, nos pondría casi á nivel de los peruanos, después que han desarmado su fragata por inútil»

En efecto, la única nave con que realmente se podía contar era la pequeña goleta *Guayaquileña*; pues la corbeta

Pichincha se hallaba en tan malas condiciones que no ofrecía seguridades; y ya veremos cómo resultó.

En cuanto al bergantín ofrecido por el Sr. Luzarraga, estaba en construcción, y debemos decir, de una vez, que no alcanzó á ser puesto en servicio de campaña, como veremos más adelante, que las circunstancias obligaron á barrenarlo y echarlo á pique.

En lo relativo á la fragata peruana *Protector* (la antigua *Prueba*) no llegó á ser desarmada; sino que, mas bien, se le hiciera reparaciones, poniéndola en condiciones de servicio.

En tal estado las cosas, Illingworth concibió el proyecto á que hemos aludido; lo comunicó al Libertador y al General Flores, que era el Jefe Superior de los departamentos del Sur; y de seguida comenzaron las gestiones para la realización de tal proyecto.

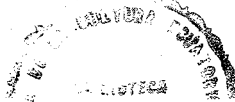
Lo primero fue proponer á Chile la compra de un buen bergantín que estaba en venta; organizar con él, la *Guayaquileña*, la *Pichincha* y algún otro buque, una escuadrilla suficiente para ir á hostilizar los puertos del Sur del Perú. Así se vería obligada la fragata *Protector* á atender á la defensa de esos puertos, sin poder abrir, por lo mismo, hostilidades contra Guayaquil. Tal era el plan, en general; pero, como decimos, fracasó; porque Chile manifestó que estaba ya vendido el buque sobre que versaba la propuesta.

Entre tanto, el Perú realizaba su primera hostilidad marítima, enviando su corbeta *Libertad* á cruzar el Golfo de Guayaquil, estableciendo un bloqueo muy mal disimulado.

Entonces, Illingworth, siempre fijo en su proyecto, no hizo sino variarlo algo; y se esperaba un resultado satisfactorio.

Veamos lo que expresaba el General Flores al Libertador, sobre este proyecto, en carta escrita en Cuenca el 28 de Agosto. Le decía:

«Por la carta que acompaño, del General Illingworth, verá V. E. que ya se ha mandado ejecutar la empresa marítima de que hablé á V. E. en el correo anterior, y no du-



do de un brillante resultado, si la *Prueba* no hubiese venido á Paita. Son incalculables las ventajas que vamos á reportar, tomando la corbeta *Libertad* y la goleta *Macedonia*. Las costas del Perú serán hostilizadas por nuestra escuadra; se suspenderá el bloqueo que la misma corbeta *Libertad* ha establecido contra Guayaquil, cruzando El Muerto; y la *Prueba* no podrá impedir lo primero, porque nuestros barcos son extraordinariamente veleros, ni tampoco continuar el bloqueo, viendo que se destruye el comercio del Perú.

«Cuando el General Illingworth me consultó su pensamiento, lo aprobé sin vacilar, y le dí en el mío una extensión vasta; porque hace tiempo que he fijado mi consideración en operaciones de mar.—Toda la dificultad que yo encuentro para realizar en todas sus partes el plan que nos proponemos seguir, consiste en que Wright logre sorprender á la *Libertad*, para no dar lugar á un combate que pudiera averiar nuestros barcos y obligarnos de este modo á una dilatada carena, que nos quitaría el tiempo que necesitamos para llevar la empresa hasta la costa de Bolivia, que guarda la *Macedonia*».

Ya vamos á ver cual fue el resultado.

II

Dijimos que el Perú, antes de ser declarada la guerra, movilizaba su ejército á Piura y comenzaba las hostilidades, mal encubiertas, pero reales, positivas.

I así, en Agosto de 1828, se presentó en el Golfo de Guayaquil la corbeta peruana «*Libertad*», de veintidós cañones de á veinticuatro; y estableció un mal disimulado bloqueo, registrando y molestando á cuantas embarcaciones entraban hacia nuestro puerto o salían de él.

En Guayaquil, como hemos dicho, no existía más nave verdaderamente útil, que la goleta «*Guayaquileña*», de doce cañones de á doce; pues la corbeta «*Pichincha*» se hallaba en muy mal estado.

El Intendente Illingworth, que se veía así enteramente desprovisto de medios de defensa, casi sin tropas, y procu-

raba á todo trance hallar el medio de neutralizar la acción de la escuadra peruana y evitar un bloqueo y una agresión á Guayaquil, formó el plan de operaciones á que ya nos referimos.

Despachó, pues, á Wright, con instrucciones precisas; y este benemérito Jefe se embarcó en la «Guayaquileña» para ir al desempeño de su misión; llevando también la corbeta «Pichincha».

El 27 de Agosto de 1828 salieron las dos naves de Guayaquil; y el 31, se avistaba la «Guayaquileña» con la corbeta peruana «Libertad»; en aguas de la PUNTA MALPELO.

Dejemos la palabra al mismo Wright, que refiere en el siguiente oficio el resultado de su expedición:

«Comandancia de la División Marítima.—Goleta de Guerra «Guayaquileña», al ancla frente á la Punta Centinela, el 1º de Setiembre de 1828.

Al Sr. General Comandante del Apostadero.

En cumplimiento de las últimas órdenes de U. S., de 28 del pasado, relativas á la salida de la goleta «Guayaquileña» y la corbeta «Pichincha», con el objeto de pedir una explicación al Comandante de la corbeta de guerra peruana nombrada «Libertad», que se hallaba cruzando entre las costas de Tumbes y la isla de El Muerto, salí exactamente el 28, como se me previno (1); y, en la madrugada de ayer, avisté dicha corbeta, que se hallaba fondeada frente á la PUNTA MALPELO.—Mas, como nos encontrábamos en calma, y á más de diez o doce millas de distancia, tuvo aquel bajel tiempo sobrado para hacer á la vela, como lo verificó mucho antes de que pudiéramos acercarnos.

«Así que principió á soplar la brisa, hice señal á la «Pichincha» para que pasase á mi voz; y entonces ordené verbalmente á su Comandante siguiera muy de cerca mis movimientos, para que, unida la fuerza, entrar luego en comunicación con la corbeta.—A las dos de la tarde, viendo que la «Pichincha» no podía reunírseme, por su mal andar, de-

(1) — En ese día salió de la Puná, hasta donde le acompañó Illingworth. De Guayaquil habían salido el 27.

terminé acercarme sólo á la corbeta peruana, bajo el supuesto de que la «Pichincha», fácilmente y en corto tiempo, podría tomar la posición que se le había señalado, en caso de un choque.

«Observando que la corbeta peruana estaba preparada para el combate, y no teniendo otro medio más pronto para ponerme en inteligencia con ella, que el de acercarme á la voz, lo verifiqué así, poniéndome por su aleta de barlovento, á distancia de medio tiro de pistola; y entonces, le dirigí mi palabra, exigiendo la causa por qué se hallaba en un bloqueo disimulado, cruzando sobre la boca de este río; á lo que me contestó con frivolidades y, por último, rompiendo el fuego, que fue bien contestado por nuestra parte.— En cinco minutos estaban ya los dos bajeles amarrados; pero cuidé siempre, al verificar esta maniobra, de dejar el lugar necesario por la amura de proa de barlovento, á que atacase por allí nuestra corbeta «Pichincha».—Desgraciadamente, calmó en parte el viento, y ese bajel no llegó hasta media hora después; y en todo este tiempo sostuve un fuego vivo de metralla y fusilería.—A la segunda descarga, viéndome en la posición citada, intenté abordar á la corbeta; pero, cuando dí la voz de mando al efecto, observé un incendio por la proa; y, poniendo mi primera atención en apagarlo, lo logré en pocos minutos.—Al fin, cuando la «Pichincha» se me acercó, ordené á su Comandante atacar inmediatamente por el lugar que se había prevenido; mas, no lo hizo así; y, de consiguiente, no entró en acción; siendo esta la causa, en mi concepto, de no haber aprisionado la corbeta peruana, cuya tripulación, desde un principio, fue casi en todo destrozada por este buque, en términos que, á fines del combate, se hallaba su cubierta abandonada, desde el palo mayor hasta la popa, sin tener siquiera un timonel; ocasión que habría sido aprovechada por mí, si, como he dicho antes, no me hubiera encontrado casi sin gente disponible.—En estas circunstancias, logró el buque peruano cortar las espías con que estábamos amarrados; y nos separamos á reparar nuestras averías; las que, de mi parte, constan de una ancla partida, estais, bordas y casi toda la

jarcia pendiente, trazada; bauprés y cebadora, pasados de bala; y, en fin, otras mil averías que sería largo relatar.

«Aunque la «Pichincha» no ha tomado su parte correspondiente en la acción, de ningún modo puede acusarse á su Comandante de deseos de evitarlo; porque es un oficial de bastante valor, de lo cual tengo sobradas pruebas antes de ahora. Su buque, acercándose á la «Guayaquileña» cuando estábamos en la acción, fue tomado por avante, más por casualidad que de intento del que lo mandaba; y la única cosa de que es culpable este oficial, es la entera falta de disposición y no haber obrado con actividad.

«Pasaré, con inmenso dolor de corazón, á poner en conocimiento de U. S. las pérdidas personales que hemos sufrido:—veinticuatro muertos y treinta y seis heridos. Entre los primeros se cuentan, el valiente Alférez de Navío Juan González, un cabo, seis soldados de la guarnición, y diez y siete marineros; y, entre los segundos, el Comandante de esta goleta, Teniente de Navío Claudio Johnston y el Alférez de Navío José María Urvina; tres cabos, nueve soldados, veintidos marineros, y el Teniente de Fragata Juan Undsworth, contuso.

«Aunque no he logrado vengar la atroz agresión cometida por la corbeta, capturándola, por la falta de la «Pichincha», sería una negligencia imperdonable, sino recomendará á U. S. muy particularmente, para conocimiento del Supremo Gobierno, la heroica conducta de estos bravos oficiales, á quienes tengo el sentimiento de ver heridos y contusos. La intrepidez del Subteniente Juan Vergara, Comandante de la guarnición de este bajel, es muy recomendable; y, últimamente, los esfuerzos extraordinarios que han tenido que hacer todos mis oficiales, para sostener, en un combate tan desigual, el timbre de las armas colombianas, con una tripulación tan moderna y un buque tan pequeño respecto al peruano, son dignos de no olvidarse.—La tropa ha cumplido con su deber, y es acreedora á todo elogio; pues, si la tripulación hubiera sido tan veterana como ella, habría, sin duda, caído la corbeta peruana en nuestras manos. Pero ya

que ésto, por una desgracia, no ha sucedido, puedo asegurar á U. S. que *la marina del Perú ha recibido una lección escarmentadora, de la del Sur de Colombia.*

«Así que me ví separado de la acción, hice señales á la «Pichincha» á que pasase á la voz, para que se nos acercase y, últimamente, para que siguiera mis movimientos; todo con la intención de que, si se me acercaba, atacar por segunda vez; pues, ni la excesiva mortandad, ni las muchas averías que sufrió este buque, podrían haberme contenido, si la «Pichincha» hubiera observado mis señales.

«Últimamente, tuve á bien dirigirme á este punto, haciendo antes la señal correspondiente á la corbeta «Pichincha», para que me siguiera.—Como dicho bajel está ya á nuestra vista, sin aguardar á que se nos reuna, seguiré con la próxima creciente hasta Guayaquil, por exigirlo imperiosamente la humanidad, que se reciente con la permanencia de tanto mal herido, en esta goleta.

«Me veo en el caso de no poner en conocimiento del Sr. General Jefe Superior del Sur este *detall*, por no tener otro oficial disponible, que el que tendrá la honra de poner en manos de U. S. esta parte; debiendo U. S. estar persuadido de que *si se rompieron las hostilidades antes de poder abrir una conferencia con el Comandante del bajel peruano, ninguna culpa puede atribuírseme; porque EL PRECIPITADO FUEGO EMPEZADO POR DICHO BUQUE, NO DIÓ LUGAR A OTRAS RAZONES QUE A LAS DEL CAÑÓN.*

«Soy de U. S., con perfecta consideración, su muy atento y obediente servidor.—*Thomás C. Wright.*»

La corbeta peruana había huído á toda vela, en cuanto logró cortar las espías que la sujetaban á nuestra pequeña goleta; de manera que, aun en el caso de haber podido reunirse la «Pichincha» á la «Guayaquileña», no habría sido posible volver sobre el buque peruano, que había ganado gran distancia. Iba, sí, escarmentado; tan escarmentado que no se atrevió á volver sólo, aun cuando los nuestros habían regresado á Guayaquil; y si volvió á presentarse, en Noviembre, fue en unión de la fragata «Prueba» o «Protector» y otras naves peruanas.

Tal fue el resultado de la primera hostilidad marítima del Perú, efectuada *antes de que se declarara la guerra*.

Se había derramado la primera sangre, á causa de la felonía peruana; se iniciaba así una guerra en la que experimentaríamos nuevos y escandalosos atentados.....

Pero esa guerra comenzaba con una severa lección dada á los enemigos, en la lucha más desigual en que él tenía todas las ventajas; y había de terminar en una jornada que fue más dura lección todavía para los audaces invasores.



CAPITULO IV

Agresión á Guayaquil.—La escuadra peruana ametralla la ciudad indefensa.—Heróica defensa de la plaza

I

Desde el mes de Noviembre de 1827, el General don Juan José Flores, Jefe Superior de los departamentos del Sur de la Gran Colombia, —observando cuáles eran los procedimientos del Perú,—opinaba acertadamente sobre la conveniencia y aun necesidad de llevar la guerra á ese país y hacer efectiva la ocupación de su capital

Es del caso insertar aquí lo que Flores decía á Bolívar en carta del 24 del citado mes.—Se expresaba así:

«No puedo ocultar á U. que opino por la guerra, contra el Perú. Son muchas las razones que se pueden aducir, de legitimidad, conveniencia y aun necesidad imperiosa. Permítame U. exponer las más triviales.

«El pueblo que una vez recibe vejámenes extrangeros, sin lavar con sangre la mancha del oprobio, se expone, con el tiempo, á recibir también la ley de aquel que quiere dársela; prostituye el santo principio del honor y el cambio de su condición honrosa, recibe al fin la servidumbre de conquista y el desprecio universal.—A Colombia, que lleva la vanguardia entre las repúblicas americanas; á Colombia, que ha hecho sacrificios generosos para libertar al Perú de la despótica dominación peninsular, se le corresponde hoy con ingraticudes y perfidias, que no pueden perdonarse, sin pasar por una afrenta vergonzosa.

Aun prescindiendo de la honra colombiana—¿podremos también hacer el sacrificio costoso de la seguridad?—Creo que nó; porque ninguna sociedad puede renunciar á es-

te bien apreciable; y porque los gobiernos tampoco pueden permitirlo.

«La seguridad del Sur está inminentemente expuesta, mientras el Perú esté dominado por la facción actual.—Yo, más que ningún otro, tengo razones invencibles para creer que los agentes peruanos han concebido fuertes pretensiones sobre estos tres departamentos; que, esperando en la poca opinión que ganaron cuando los disturbios pasados (1), esperan una ocasión favorable para llevar á cabo sus miras proditorias; que no puede haber armonía de buena fé, entre los dos pueblos, cuando los elementos son contrarios y los intereses encontrados; que estando anunciada ya la expedición española (2) se hace por ésto más necesaria la ocupación del Perú, no tanto para sacar de él los abundantes recursos que se necesitan, sino *para no exponernos á las traiciones* de Torre—Tagle, Riva—Agüero, Berindoaga, etc. (3) cuya repetición sería más funesta en el calor de una guerra sostenida, que la pérdida de seis batallas campales»

Llegado el caso de guerra, en 1828, el mismo Flores organizó el Ejército y lo llevó, en número de 4.000 hombres, al departamento de Azuay, para hacer frente á las fuerzas invasoras del Perú, que alcanzaban á más de ocho mil hombres.

Por ahora no nos ocuparemos de los sucesos de la campaña por aquel lado; sino de lo referente á la plaza de Guayaquil.

El Intendente Illingworth, con anticipada oportunidad, indicó la necesidad de poner la plaza en perfecto estado de defensa; pero la campaña del Azuay lo absorbía todo y

(1)—Se refería á la invasión de la 3ª División y la situación anárquica en que se colocó á Guayaquil, en ese año de 1827, por efecto de los manejos peruanos.

(2)—Se repetía la amenaza que, desde 1826 se produjo, de una expedición española sobre los países libres de América.

(3)—Personajes que durante la Campaña libertadora del Perú, traicionaron á la Causa de la Emancipación y obraron en favor de la dominación monárquica, etc.

nuestra ciudad estaba muy pobre de elementos de guerra y con deficiente guarnición.

I debemos decir, de una vez, que tanto el Mariscal Sucre, nombrado Director de la Guerra, y el General Flores, fueron de parecer que la importancia de Guayaquil era secundaria; y fue así cómo, de los deficientes elementos con que contaba la ciudad para su defensa, se distrajo buena parte para aumentar el Ejército que operaba al mando de aquellos jefes.

II

En tal situación de nuestra ciudad, el 30 de Setiembre de 1828, se presentó en aguas de la Puná la escuadra peruana, formada por la fragata «Prueba» o «Presidente», la corbeta «Libertad» y otras naves.

«El día 2 del presente, —decía el Intendente Illingworth al Ministro de Guerra y Marina, en oficio del 6 de Octubre, —destacó el enemigo cuatro embarcaciones menores al pueblo de Naranjal, en donde sorprendieron á dos oficiales y varios paisanos.

«Observando que el enemigo se dispone á emprender sobre esta ría, he apelado á todos los medios de defensa y vigilancia de que puedo disponer, para contrarrestar cualesquiera tentativa del enemigo contra esta plaza.

«He hecho pasar de firme la cadena que protegen las dos baterías nuevas, cuatro cañoneras y la goleta «Guayaquileña».

«Con todo, la total falta de dinero, me ha incapacitado, no solo de aumentar las fuerzas sutiles hasta el número necesario de embarcaciones, sino también para conseguir marinería hábil, para tripular las que tiene el Apostadero.

«El enemigo, según mis espías, tiene conocimiento de la salida de la corbeta «Pichincha» con destino á Panamá, á conducir trescientos y tantos hombres del batallón «Girardot»; y tiene intención, según he sabido, de destacar la corbeta «Libertad» en persecución del bajel nuestro.—Sin embargo, tengo las más fundadas esperanzas de que no se-

rá apresado; habiendo en mis instrucciones previsto el caso en que nos hallamos; y los conocimientos y actividad del Comandante de la «Pichincha,» me prometen el más fiel cumplimiento de las órdenes que se le han dado, y de las que encontrará en los puertos de la recalada que tiene que hacer, según se le previene». (1)

Las partidas destacadas del enemigo, hicieron también irrupción en los demás puntos de la costa del Golfo, como Machala, El Morro, etc., sin que se pudiera oponer resistencia; porque, como hemos dicho, todo el Departamento de Guayaquil se hallaba desamparado de fuerzas, y las de esta misma ciudad eran insignificantes. Todo, todo lo que pudo valernos había sido llevada á la campaña de la frontera.

El pueblo de Machala, completamente indefenso, fue asaltado por cuarenta granaderos, que cometieron todo género de depredaciones.

Decía la autoridad de ese pueblo al Intendente del Departamento, en oficio del 10 de Octubre:

«Antes de marcharse, me obligó el Jefe de la partida (el Comandante Sauri) á poner un oficio al Vice-Almirante peruano, exponiéndole que habían conservado el orden en el pueblo y no se le había hecho daño alguno á los vecinos; y aun felicitándole; a lo que tuve que acceder, pues me amenazó con que, de no hacerlo así, me llevaría á bordo de la *Prueba*».

Ya dijimos en otro de nuestros trabajos históricos, que así quedaba explicado el verdadero origen de algunos documentos de tal especie, que se exhiben hasta ahora como pruebas y hacen vacilar el criterio de quienes no investigan suficientemente los hechos.

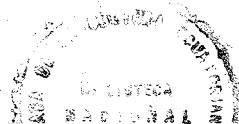
(1)—El Comandante de la «Pichincha», en efecto, llegó con su buque á Panamá; pero la mayor parte de la tripulación estaba corrompida y se sublevó, aclamando al Perú. Era gente de *enganche* y fue fácil comprarla á los agentes peruanos.—Véase «Estudios y Relaciones Históricas—Sublevación de la *Pichincha*», por C. Destruge.

En lo demás, la vigilancia no era descuidada en lo menor por las autoridades de Guayaquil; la Intendencia recibía partes diarios de los movimientos de la escuadra peruana y de cuantas ocurrencias sucedían en los pueblos costaneros. Pero, desgraciadamente, la falta de elementos y medios de adquirirlos, coartaba la acción del General Illingworth, y lo reducía á procurarlo todo, sin tener nada, y á establecer una defensa que tenía que resultar deficiente en sumo grado, dada la situación anómala y aun el aislamiento en que se le había dejado.

Tal situación se explica.—El enemigo se había presentado en la frontera con un ejército numeroso y era indispensable hacerle frente con todas las fuerzas disponibles. Por la vía marítima era imposible recibir auxilios de tropas ni de ninguna clase; por la vía terrestre no nos llegaban refuerzos militares ni recurso alguno; de tal modo que, los tres departamentos del Sur, —Quito, Guayaquil y Azuay,— tenían ellos solos que hacer frente á la situación y dar todos los recursos de que disponían. Solo fue después de la jornada de *Tarqui* (27 de Febrero de 1829) cuando el Libertador vino, con mayor contingente de tropas, á la Campaña para recuperar Guayaquil; y en cuanto á la parte marítima, tan tarde se procedió por el Gobierno de Bogotá, que la fragata «Colombia», despachada de Puerto Cabello, llegó á Guayaquil en Febrero de 1830; esto es, cuando ya se había terminado todo; cuando se había suscrito ya el Tratado del 22 de Setiembre de 1829, que puso fin á la guerra.

Era indispensable que hiciéramos aquí estas advertencias históricas y cumplimos con tal necesidad, para que se defina bien la situación de Guayaquil en el conflicto que historiamos.

Continuemos ahora la relación de los sucesos, con los resultados lógicos de semejante situación, que se habría evitado, al atender el Gobierno de Bogotá, con mayor actividad, las indicaciones y sugerencias de Flores, Illingworth, etc., á que antes nos hemos referido.



III

Reforzada la escuadra peruana por la «Macedonia» y otros buques, se entretuvo algunos días en movimientos de poca importancia; como en espera de una oportunidad para operar de hecho sobre Guayaquil.

El 22 de Noviembre de 1828, la escuadra enemiga, después de sorprender á los vijías, á favor de la traición de malos colombianos,—apareció en la Puntilla, hacia el Sur de la ciudad; y sucedió que, ya por lo repentino de esa aparición, ya por otra causa, el oficial que mandaba un corto piquete en la batería avanzada de «Las Cruces» (1) no dió aviso alguno; avanzaron rápidamente, favorecidos por la marea y fuerte brisa; pudieron cortar la cadena y seguir hasta el frente de la ciudad.

Al día siguiente, 23, la escuadra, sin previa notificación, abrió el fuego sobre la indefensa ciudad.

Cedamos, primeramente, la palabra al historiador Cevallos.

«Al amanecer del 23, —dice,—la batería de la «Planchada» y nuestras pequeñas lanchas cañoneras, que ya con la marea favorable pudieron acercarse á la escuadra enemiga, comenzaron á cañonearla, bien que sin provecho. Por el contrario, utilizándose el enemigo de una fuerte brisa y de la marea, que había cambiado, se acercó nuevamente al Malecón, hasta ponerse á tiro de pistola, e hizo una horrible descarga de metralla y palanquetas contra el centro de la ciudad, frente á la casa de la Intendencia. —Dos compañías del «Caracas», desplegadas en guerrillas, y el cuerpo de artillería, con cuatro cañones colocados en las boca-calles por el Coronel O'Leary; sostuvieron los fuegos con gallardía, hasta las ocho y media de la noche, hora en que el enemi-

(1) —La ciudad solo se extendía entonces, por el Sur, hasta la actual Avenida Olmedo, cuya extensión de Oriente á Occidente la ocupaba el ancho Estero de Saraguro. La batería de «Cruces» estaba donde es hoy la Fábrica de Calzado, entre la calle «Eloy Alfaro» y la ría.

go destacó, hasta el muelle, dos lanchas cañoneras, seguramente con el fin de apoderarse de los cañones; pero fueron rechazadas, con notable daño, por veinticinco soldados del primer cuerpo.

«Al ver Guisse (1) que no podía proporcionarse desembarco por ningún punto, se retiró por la noche, y fue a estarse á la capa, hasta que se le presentara mejor ocasión.

«En la madrugada del 24, varó la «Protector al frente de la antigua Aguardientería (2); y nuestros soldados improvisaron al punto un terraplén semi-circular, y montaron en él un cañón de á veinticuatro.— A las seis de la mañana, el Coronel Juan Ignacio Pareja, encargado de la dirección de esta batería, rompió los fuegos contra la fragata y le causó algunas averías (3)— Nuestras lanchas, comandadas por el Teniente de fragata don Francisco Calderón (4) cayeron, igualmente, sobre ella; más, siempre logró escapar, saliendo al remolque y favorecida por la marea.

«El Almirante Guisse, mortalmente herido en el combate del 24, murió en este mismo día.—Don José Botarin,—desertor de la escuadra de Colombia, sustituyó á Guisse en el mando de la escuadra peruana, la cual, con la muerte de Guisse, fue á parar en Punta de Piedra (5).—Los pueblos indefensos de la costa inmediata, fueron, antes y después de este suceso, víctimas del sinnúmero de tropelías cometidas por el enemigo.»

(1)—El Vice-Almirante Martín Jorge Guisse, el mismo que, en 1825, fue destituido del mando de la Escuadra Unida, á causa de sus abusos, tropelías y hostilidades en Guayaquil y que fue reemplazado por Illingworth. Odiaba á Colombia y en especial á nuestra ciudad.

(2)—Esquina sur, intersección de la actual calle «10 de Agosto» y «Malecón».

(3)—Illingworth en persona dirigió este combate y en él hizo de cabo de cañón el que más tarde llegó á ser General don José Antonio Gómez.

(4)—Hermano del que murió gloriosamente en Pichincha.

(5)—Apenas herido Guisse huyó la fragata hasta Punta de Piedra; y allí falleció el Vice-Almirante de la escuadra peruana.

Guayaquil, tan bárbaramente ametrallado por la escuadra peruana, sintió toda la indignación producida por semejante atentado.

El Intendente, General Illingworth, después de tan lucida defensa con tan pobres elementos, lanzó la siguiente proclama:

«Ciudadanos!

El Libertador de Colombia cree en las virtudes de los hombres, porque él las posee en grado eminente. — Así, confiado en que *los inmensos sacrificios que hicisteis para dar existencia política al Perú, os escudarian para siempre de la animosidad de aquel pueblo*, redujo vuestra defensa al pié de profunda paz y seguridad en que que os dejaba la gloriosa conclusión de la guerra en aquel Estado; porque quiso que descansara este país, al que ama con ternura (1)

«Mas—¡quién lo creyera! —EL FIN DE VUESTROS SACRIFICIOS, FUE EL PRINCIPIO DE LA INGRATITUD PERUANA.

«Apenas se habían agotado vuestros tesoros y empapándose aquel suelo con la sangre colombiana, por darle libertad é independencia, emplean estos bienes en hacer guerra nefanda á sus benefactores.

«Gnayaquileños!—Ayer habeis visto el *abrazo de fraternidad* que el Almirante peruano os ofreció en nombre de su Gobierno (2)

«Vencida la defensa principal del río, era de esperar que este jefe *anunciase el objeto de su violenta agresión; pero, en lugar de una conducta conforme con la guerra entre puublos civilizados, vuestras propiedades fueron las víc-*

(1)—Era la realidad; pues Bolívar tenía predilección por estos departamentos del Sur.—Decía en carta dirigida á Illingworth:—«Esos departamentos del Sur, son admirables, porque todo lo han sacrificado para la campaña libertadora del Perú; Guayaquil ha sido el nervio más poderoso para la guerra y los tres departamentos la inagotable fuente de todos los recursos».

(2)—Se refería á una proclama del Almirante Guisse, en la que expresaba «*traer un abrazo fraternal de su Gobierno para los guayaquileños*».....

timas de una venganza brutal, y vuestras casas estarían reducidas á cenizas, sin el valor que desplegaron vuestros heroicos defensores.

«Conciudadanos! - Colombia se levantará en masa para vengar los ultrajes que ha sufrido vuestra inocencia. Vuestros jefes no ansían otra gloria que la de vencer o morir en vuestra defensa. Recibid mi eterno agradecimiento por el patriotismo que habéis manifestado, en la noble indignación con que visteis la barbarie de nuestros enemigos.

«Los pueblos que saben defenderse, viven felices, son respetados de los demás y su nombre pasa con gloria á la posteridad.

«Hagamos de nuestros hogares un baluarte inexpugnable; y confiad en que nunca os abandonará el que tanto os ama y os tiene dedicados sus desvelos.

«Guayaquil, Noviembre 24, de 1828. — *Juan Illingworth*».

En efecto, el pueblo de Guayaquil sintió toda la felonía de la traidora agresión de la escuadra peruana; se indignó ante aquella demostración de la más negra ingratitud; y se mantuvo resuelto á la lucha.

En carta privada del día 25, decía Illingworth á Flores:

«El Coronel O'Leary tomó á su cargo comunicar á U. todas las ocurrencias, desde el 22 del presente, que fuimos sorprendidos por la escuadra peruana, hasta el día de ayer, en que, de oficio, le dije la situación de las cosas.

«El 23, por la tarde, recayó en mi todo el mando, con motivo del insulto (fiebre de insolación) que le dió al compañero Sandes, en aquellos momentos. Hacía días que él se hallaba enfermo y empeorado por una infinidad de malas noches que tuvo que pasar; y el sol, que fue furioso aquella tarde, le causó la mayor novedad. — Al Coronel Luque lo hice reconocer, en el acto, como jefe inmediato de la División, y ha desplegado su acostumbrado valor; trabajando, al mismo tiempo, con empeño, en la defensa de la ciudad.

«El diario que he hecho redactar por el Estado Ma-

yor, le impondrá de todos los movimientos; y se imprimirá, junto con las observaciones que actualmente está trabajando el amigo O'Leary.

«Los buques enemigos están actualmente por Sono; ellos han estado trabajando con empeño en la reparación de sus averías, que parece han sido considerables en el casco de la «Prueba».

«Hice un reconocimiento esta mañana, en persona, y en seguida por medio de un oficial de marina, que acaba de regresar; y sabiendo que se comunican con Punta de Piedra y están sacando ganado, han marchado un piquete de caballería y otro de infantería montada, con el objeto de sorprenderlos.

«Hablaré de la vergonzosa sorpresa del 22.—Usted sabe el esmero con que yo cuidaba de mis vijías en Puná y en la entrada del río y la fidelidad con que éstos cumplían. De oficio le he dicho que aquella misma mañana dispuse la marcha de un bote y una canoa; pero que éstos no tuvieron tiempo de llegar aquí, antes que los enemigos.—Sin embargo, si el oficial de guardia de la batería de «Cruces» hubiera avisado, tiempo hubo para reforzar la línea, con todas las probabilidades de una defensa eficaz; porque U. sabe que, desde aquel mismo punto, se descubre una gran distancia del río.—Parece que el oficial estaba enfermo, lo que es siempre una malísima disculpa.—Con todo, el Coronel Pareja se condujo bien, y trató de cumplir la orden que le dí, de sostener á todo trance la posición, aun cuando las fragatas hicieran callar los fuegos de la batería (1)—Mas, Guerra hizo retirar los refuerzos, por el laudable motivo de no exponer la tropa á un fuego tan vivo de metralla. Es justo decir que la conducta del Coronel Pareja ha sido, después, la de un excelente oficial, pundonoroso en todo y trabajando con el empeño y entusiasmo de un hombre acostumbrado al fuego; y el que dirigió á la «Protector» desde

(1) El Coronel don Juan Ignacio Pareja era el encargado del mando de la batería de Las Cruces.

la batería que levantamos en la noche del 23, causó todas las averías que recibió dicha fragata.

«En fin, U. sabe el refrán de que «no hay mal que por bien no venga». Así es que, por vergonzosa que haya sido la pérdida de la línea, hemos ganado una batalla..... Hasta las piedras claman aquí venganza contra el Perú; y, después del ataque á la ciudad, he visto, aun á los más sospechosos, (1) entrar á la faena y como avergonzados de sus opiniones.

«Vamos ahora á las operaciones de U., en cuanto tengan relación con esta ciudad.—Ya creo que deben saber en Piura el resultado del ataque de Guisse, de aquí á cuatro días; de manera que, dentro de diez días, estará resuelto el problema de si atacan o no este departamento; si antes fuere resuelto, puede marchar «Cauca» por el camino de Yaguachi; pero me parece que «Caracas» y «Dragones» no pueden moverse, mientras las fuerzas que tenga Mosquera no lleguen siquiera á Quito; porque hasta ahora no han llegado más que ciento treinta hombres del «Girardot» y no hay seguridad de la llegada del resto, sin embargo de que he vuelto á escribir, en nombre de U., al Coronel Sardá, para que de todos modos, mande ese resto. Si lográsemos reunir dicho cuerpo, pudiera entonces marchar «Caracas», pero no «Dragones»; porque, una vez que hay disposición de defender este importante país, sé muy bien que U. la aprovechará.

«Resulta, pues, que las operaciones de U. dependen de una de tres cosas:—primera, si atacarían o no los peruanos á este Departamento, con sus tropas; segunda, la aproximación de los refuerzos del Norte; y, tercera, la llegada del resto del «Girardot», que pudiera excluir en alguna manera el segundo caso».

Las anteriores reflexiones y sugerencias del Intendente

(1) Desgraciadamente, la mala semilla sembrada por los agentes del Perú desde 1820 y 1827, había dado algunos frutos; pero la mayoría de esos ciegos partidarios de los peruanos, reaccionaron ante la realidad de la cobarde agresión contra Guayaquil.

Illingworth, dan clara idea de cuál era la situación en los departamentos colombianos del Sur, sobre todo el de Guayaquil, no solo amenazado, sino ya atacado, y el de Azuay, amenazado por la invasión del ejército enemigo.

I sucedía que los refuerzos que debían llegar del Norte (Nueva Granada) no aparecían por acá y la incorporación del «Girardot» no se activaba.

En tal situación, y como el General Flores estaba en el caso preciso de organizar el Ejército en la forma mejor que fuera posible, determinó reconcentrar todas las fuerzas para la campaña del Azuay; opinando, como también opinó Sucre, que la importancia de la plaza de Guayaquil era secundaria. I fue así cómo, en definitiva, la defensa de esta plaza quedó reducida á su más simple expresión.

Pero terminemos con lo referente á la agresión de la escuadra peruana. — El parte oficial de los sucesos es el siguiente:

«República de Colombia. — Comandancia General del Departamento. — Guayaquil, á 24 de Noviembre de 1828.

«Al Benemérito Sr. General en Jefe del Ejército.

«El día 22 del corriente, á las cinco de la tarde, aparecieron en la Puntilla la fragata «Presidente» y la corbeta «Libertad», una goleta pequeña y dos lanchas, de la escuadra del Perú.

«Como sorprendieron á los vijías, nada se supo hasta que, á favor de la buena brisa que había, se pusieron sobre la batería de «Cruces» y le hicieron descargas cerradas, que no pudieron resistir diez y seis artilleros que solamente había en ella. — Cuando se dieron disposiciones para defenderla, ya eran inútiles, pues los enemigos, en el acto, le dieron fuego.

«En seguida, se dirigieron sobre la «Guayaquileña» y las lanchas que, después de haber resistido con valor; la desigualdad las obligó á retirarse; mucho más, porque los enemigos, luego que saltaron á incendiar la batería, aflojaron la cadena y la pasaron.

«Ayer principiaron el fuego, desde las siete de la mañana, contra nuestras fuerzas marítimas; y, á las cuatro de

la tarde, aprovechando el viento y marea, subieron á situarse frente á la Aduana (1); rompiendo un fuego horroroso contra la ciudad; el que duró hasta por la noche, y fue bien contestado por una batería que se pudo alistar en la Planchada (2), y por las fuerzas marítimas que estaban apoyadas en ella.

«A las diez p. m. principiaron á hacer tentativas, con sus botes, para tomarlas; pero, protegidas por secciones del batallón «Caracas», los rechazaron con firmeza.

«La fragata «Presidente», al bajar con la vaciante, se detuvo, por la madrugada, sobre un bajo; y, al amanecer, con un cañón de á 24 que se pudo montar en la Aguardientería, le hemos causado un daño notable, que lo ha demostrado, retirándose á remolque, luego que estuvo llena la marea, hasta más allá de «Cruces», donde queda fondeada actualmente con las demás fuerzas. —Las casas de la orilla del río han recibido averías muy considerables; pero los enemigos las han recibido igualmente, sin que de nuestra parte hayamos perdido más que cinco hombre, entre soldados y paisanos. —El pueblo, ofendido por este procedimiento tan atroz y desconocido en toda nación, se muestra resuelto á no omitir medio alguno para acreditarles su indignación, y contribuye con empeño á las disposiciones que se están tomando, con el fin de establecer baterías y hostilizar, cuanto sea posible, á unos enemigos los más bárbaros que se conocen.

«El batallón «Caracas» y el escuadrón «Dragones», han manifestado el valor y el entusiasmo que son propios del Ejército Colombiano. Con ellos y el batallón «Cauca», que acaba de llegar, será destruída cualquiera fuerza que pueda desembarcar. Por esta sospecha, había anticipado órdenes para que el batallón «Ayacucho» venga á ocupar los cuarteles de «Cauca» en Samborondón; y la primera sección

(1) Las oficinas y depósitos de Aduana estaban en los bajos de la Casa de Gobierno, sobre el lado del Malecón, en el mismo lugar que hoy ocupa ese edificio.

(2) La batería de la «Planchada», restaurada como recuerdo histórico colonial, conserva los muros de su primera construcción.

del «Girardot», compuesta de doscientos hombres, que desembarcaron en Manabí, venga á Daule.—Mas, como hasta parece desvanecida la sospecha, se quedarán en dichos puntos. De todos modos, el Departamento está asegurado con la fuerza que tiene (1). Daré á U. S. continuos avisos de cuanto ocurra sucesivamente.

«Por un fuerte «insulto» (insolación) que sufrió ayer el General Sandes, me he encargado del mando del Departamento en todos los ramos; confiriendo al Sr. Coronel Luque la dirección inmediata de la División.—Dios guarde á U. S. —*Juan Illingworth*» (2)

En una relación enviada á la «Gaceta de Gobierno», de Caracas, sobre el salvaje atentado que relatamos, aparecen los siguientes párrafos, aparte de los que confirman los ya expresado:

«A las cuatro y media de la tarde del 23, el Almirante peruano, Guisse, se presentó con su escuadra frente á esta ciudad, y empezó un fuego horroroso sobre los ciudadanos pacíficos y las casas de la población, el que duró hasta las nueve de la noche. Nuestras tropas de mar y tierra y los ciudadanos mismos se han portado con un valor digno de los días heroicos de la Patria de Bolívar. No son hombres los soldados del «Caracas»; son semi-dioses; más, en nada excedieron estos valientes á los bravos artilleros. En el momento, se reunieron en las boca-calles que conducen al Malecón, por la casa del Intendente y Comandante General, con sus piezas, que eran de á cuatro, y en número de sólo veinticinco hombres, con un oficial.

«Pegadas á tierra tuvimos á la «Libertad» y a una goleta, que abrieron un fuego espantoso. Nuestros artilleros

(1) —I así hubiera continuado y se hubiera salvado si no hubieran sido distraídas la mayor parte de las fuerzas para llevarlas á la campaña de Azuay.

(2) —Illingworth tuvo que «españolizar» su apellido inglés, porque no acertaban á pronnnciarlo y escribirlo muehos.—Es curioso anotar que, en la primera carta que la escribió Bolívar, le llamaba: MINSIGTROSK; y más tarde, riéndose, le dijo el Libertador que acomodara su apellido al español.

no dieron un paso atrás, y tuvieron tanto acierto en sus disparos, que, de cada cinco tiros, no erraban dos.

«Sufrieron mucho las casas por el fuego enemigo; pero no tuvimos un solo soldado herido (1).—Mientras esto sucedía en las calles que conducen al Malecón, la «Prueba» ancló frente á la casa de Carbo, arriba de las Garaicoa (2) y no cesó su fuego ni un instante. Han sufrido muchísimo las casas de la señora Urvina (3), de Villamil (4) y casi todas las de aquellas cuadras.—Las lanchas y la «Guayaquileña» se retiraron, batiéndose hasta tras del Santa Ana.—Era preciso barrenar el nuevo bergantín, y esta operación fue protegida por «Caracas», á pesar de la metralla que le prodigaba el Almirante Guisse. Todos los jefes, oficiales y soldados se acordaron de que peleaban por la buena causa, por la causa de Colombia.—Entre los oficiales, son muy dignos de recomendación, los Urvina, (José María y Gabriel).—Wright, es siempre Wright; y Calderón (Francisco) excelente representante del entusiasmo de su familia.—Villamil, siempre lo mismo»

Tal fue la escandalosa y cobarde agresión, de lo más injustificada, de parte de la escuadra peruana contra una ciudad indefensa, contra un puerto abierto y, de consiguiente, amparado por el Derecho contra atentados de tal naturaleza.

(1)—Hay algunos errores en esta relación. Ya sabemos que murieron cinco hombres, entre soldados y paisanos.

(2)—La casa de la familia Garaicoa, en el Malecón, la misma que, restaurada, pertenece al Sr. don Jorge Chambers Vivero, descendiente de esa familia de patriotas. Entre las calles «9 de Octubre» y «General Elizalde».

(3)—La casa de la Sra. María Urvina, en la esquina intersección de la actual calle «Aguirre» y Malecón, donde hoy existe la de la honorable familia Mateus.—Yerovi—Mateus, pues pasó á ser propiedad del distinguido patriota don José Mateus y luego de sus herederos.

(4)—La casa del benemérito General Villamil, en el Malecón, entre las actuales calles de «Illingworth» y «General Elizalde»; la misma en que celebraron sus reuniones los conjurados para la Revolución del 9 de Octubre de 1820.

Pero Guayaquil supo repeler y castigar duramente esa odiosa agresión; y el soberbio Vice-Almirante Guisse, lleno de odio gratuito á Colombia y, sobre todo, á nuestra ciudad, pagó con la vida su cobarde empresa.

El Perú, sin el menor asomo de justicia, sin la más leve causa justificativa, sin escrúpulo alguno, había provocado la Guerra con la Gran Colombia; se había lanzado á ejercer hostilidades cuando aun no estaba declarada esa guerra y había cometido la más escandalosa de las agresiones contra una plaza abierta, contra una ciudad casi indefensa.

Era la obra de la ingratitud más odiosa; porque la Gran Colombia había sido la generosa libertadora del Perú; porque estos tres Departamentos del Sur, que sufrían, más que los otros, las consecuencias de la guerra, fueron asimismo, los que agotaron, entusiastas y resueltos, cuantos recursos tenían, para la libertad peruana, para la redención de ese país, desde 1822 á 1826; porque Guayaquil, principalmente, lo sacrificó todo, todo, con la mayor abnegación para dar al Perú existencia nacional (1).....

Pero no estaba lejano el día en que los ingratos invasores debían recibir la más dura lección en la brillante jornada de «Tarqui».....

*
**

En seguida de la derrota de la escuadra peruana, la guarnición de Guayaquil quedó reducida á sólo el batallón «Ayacucho»; pues, «Caracas», «Cauca» y el cuerpo de caballería, —obedeciendo las disposiciones de la Dirección de la Guerra,—marcharon á incorporarse á las fuerzas que hacían la campaña en el Azuay, á órdenes del Mariscal Sucre y del General Flores; campaña que tuvo para nosotros gloriosa finalidad, en la brillante jornada del 27 de Febrero de 1829.

«Por demás huera, —dice el historiador Cevallos,—vieron á quedar esas ventajas (las de la derrota de la escua-

(1)—Véase «Guayaquil en la Campaña Libertadora del Perú».

dra peruana) cuando los enemigos, valiéndose del *traidor* Bustamante y otros oficiales pertenecientes á la división sublevada en Lima (1) lograron engañar y corromper la moralidad de nuestros pueblos costaneros.—Santa Elena y el Morro, Machala y Balao, poblaciones asentadas al Occidente y Sur de Guayaquil, dieron este paso de infidelidad contra la Patria. I no solo ésto, sino que sus habitantes, auxiliados por las armas, dinero y municiones del enemigo, establecieron partidas volantes, y comenzaron á vejar, oprimir y aun asesinar á sus mismos ciudadanos de las vecindades»

Esto reclama una explicación, en la que hubiera podido detenerse el historiador Cevallos, para poner bien en claro las cosas y determinar la forma y medios empleados para esa obra corruptora y la clase de elementos que se prestaron o fueron obligados á ella.

Bustamante y demás oficiales enemigos, es cierto que, por una parte, empleaban el oro peruano para ganarse á los inmorales que nunca y en ninguna parte faltan; y para hacer más fácil su labor, aseguraban á esas gentes, ignorantes, que se trataba sólo de un movimiento de «política interna» contra la *dictadura* de Bolívar, etc.—Por otra parte, hacían uso de la fuerza, del terror, para obligar á muchos hombres sencillos y timoratos, que eran reclutados, á tomar parte en tales excesos; y ya hemos publicado documentos que son pruebas concluyentes de lo que afirmamos.

«Separados los batallones «Caracas» y «Cauca» y el escuadrón de caballería,—continúa refiriendo Cevallos,—la guarnición de Guayaquil había quedado reducida al batallón «Ayacucho».

«Gravísimos, pues, eran los conflictos del General Illingworth para sostener el Departamento que corría á su

(1)—La división colombiana sublevada en 1827, según hemos relatado. Bustamante y otros oficiales traidores quedaron á servicio del Perú; pero no otros y tampoco la tropa de tal división.

cargo; y, no obstante, cuando Botarin (1) envió á intimarle rendición de la Capital (Guayaquil) se denegó á ello con energía, bien que accediendo á la solicitud de ajustar una capitulación, según las bases que se presentasen.

«Discutiéndose estaban los puntos convenientes para el arreglo, por medio de los Coroneles Pareja y Luzarraga; y aun parece que ya estaban acordados, cuando supo Botarin la escandalosa sublevación ocurrida en Daule; donde, asesinando al Comandante Dávalos y cometiendo otros excesos, se levantaron también algunos de sus hijos contra la Patria.»

Aquí debemos aclarar también la relación hecha por el historiador Cevallos.

Después de la retirada de la escuadra peruana en Noviembre, regresó á estrechar el bloqueo de Guayaquil, hallándose la plaza aun más indefensa que antes, por las causas que hemos indicado.

Ocupó con sus lanchas las desembocaduras de los ríos Daule y Babahoyo, cortando de hecho, no solo la comunicación fluvial, sino, lo que era más grave, el aprovisionamiento de víveres para nuestra ciudad, cuyo tráfico se hacía por esos ríos, como hasta ahora.

Hecho ésto, el enemigo logró introducir sus agentes á Daule, Baba, etc., los cuales se valieron de elementos corrompidos para la obra de la traición; elementos que, aun cuando muy contados, podían proceder sobre seguro, disponiendo de las armas enemigas, en poblaciones indetenidas.

Así fue cómo en Daule dieron el escándalo de un motín y asesinaron á traición al Comandante Dávalos, que era el Jefe Militar de ese Cantón, pero no disponía de fuerzas para su defensa.

Juzgados más tarde esos traidores, fue fusilado el que asesinara á Dávalos, y los demás andaban prófugos. Estos

(1)—El Comandante Botarin reemplazó á Guisse en el mando de la escuadra peruana, al morir éste en la forma que hemos relatado. Botarin era desertor de la escuadra colombiana.

se presentaron al Gobierno, en 1831, queriendo *sincerarse*, alegando que su procedimiento estaba *justificado*, porque *tuvo por objeto la separación de este Departamento de la República de Colombia*, tal como se acababa de efectuar en 1830. Alegato falso; porque lo de Daule fue una traición escandalosa en favor del Perú, con el que estábamos de guerra. I si, realmente quisieron proclamar la *desmembración*, no fue para constituir el Estado Independiente que formaron los tres departamentos del Sur en 1830-31, sino para agregar estas secciones al Perú.

Pero ya vamos á ver cómo, precisamente, la capitulación de Guayaquil, sirvió para desbaratar todos esos planes y acabar con la obra de traición en todos esos pueblos del Departamento; así como las demás ventajas que se lograron en situación tan excepcional.

Continuemos con la relación de Cevallos.

«Esa infame traición de Daule,—agrega,—privaba á Guayaquil de comunicación con la provincia de Manabí y de recibir los importantes recursos de agua y víveres que se conducían por el río «Daule» para el abasto de nuestra población.

«Botarin, en consecuencia, se desentendió de las bases acordadas; hizo pasar algunas tropas y elementos de guerra para favorecer á los facciosos, y situó las fuerzas sutiles en la confluencia de los ríos *Babahoyo* y *Daule* con el *Guayas*, vías por donde Guayaquil recibía aun los víveres y frutos de la sierra y otros puntos; agregándose que también por esa operación quedaba la Intendencia de Guayaquil sin poder comunicar con el Cuartel General, cerradas como estaban todas las vías».

En efecto; en cuanto al agua, la traíamos de Petrillo, en el río Daule, como se hizo hasta que la ciudad tuvo la instalación de cañerías para la provisión de ese líquido de primera y vital necesidad; ya que, como se sabe, el agua del Guayas es *salobre* y no llena las condiciones indispensables de potabilidad. —I en lo demás, así el transporte de víveres como el servicio de correos y postas, solo se podían hacer por las vías de Babahoyo y Yaguachi; pero quedaban anu.

lados por la ocupación de la boca del Río Grande o Babahoyo. I pues el Cuartel General estaba en Cuenca, tampoco era posible comunicarse por Naranjal o Machala. Era, pues, absoluta la incomunicación de la indefensa plaza de Guayaquil, cuyos habitantes, sin embargo, en su mayoría, sufrían con buen ánimo las grandes privaciones á que estaban sometidos. Pero llegó á ser insostenible la situación; y una junta de militares y ciudadanos notables optó por que se celebrara la capitulación.

«Entonces,— continúa diciendo Cevallos,— los conflictos del General Illingworth subieron de punto; y, deseando salvar, á lo menos, parte del Departamento, los archivos públicos y algunos artículos de guerra, tuvo que capitular, con otras condiciones; y capituló el 19 de Enero de 1829.— Las condiciones del arreglo fueron (fijémonos bien) que *si hasta dentro de diez días no se tuviese noticia de la batalla que estaba al darse entre los ejércitos que obraban en tierra*, desocuparían la ciudad, tanto la guarnición, como las autoridades departamentales; que *también la desocuparían dentro de tres días de recibida la noticia de que habían sido derrotados los colombianos*; y que los buques, cañones y más artículos de guerra necesarios para el servicio de la plaza, serían entregados *en depósito; sin que pudieran emplearse contra Colombia*. En otros artículos se arregló la continuación del gobierno municipal, conforme á las leyes colombianas; el pago de las deudas contraídas á nombre de nuestro Gobierno; el modo y tiempo para continuar las hostilidades, etc.— Los comisionados peruanos pidieron también seguridad para las personas y propiedades de los colombianos que habían sido adictos á la causa de ellos; y les fue igualmente concedido. (1)

(1) — Eran los que, teniendo ciertas vinculaciones estrechas con el Perú, se habían declarado por ese país desde 1820 y 1827.— Ninguno pudo quejarse de que se le hubiera hostilizado por las autoridades colombianas, á pesar de su conducta antipatriótica; y, en cambio, lo fueron y hasta sufrieron humillaciones de parte de los jefes peruanos mientras ocuparon la ciudad; quejándose muchos amargamente.

Es de advertir que una gran mayoría de hombres notables de la ciudad, reunidos en junta de ciudadanos deliberantes, opinaron por la conveniencia de la Capitulación; teniendo en cuenta lo insostenible de una ciudad completamente indefensa y aislada por el estrecho bloqueo; así como las ventajas que redundarían y que van á ser expresadas en los documentos que insertamos mas adelante.

La población de Guayaquil hubiera sido víctima de la saña con que los bloqueadores procedieron contra la ciudad, y en la cual se revelaba el odio, se evidenciaba la venganza, complementos obligados de la negra ingratitud.

Sin agua potable, sin víveres, sin nada de lo más esencial para la vida, y amenazados de nuevas agresiones, de nuevos «ametrallamientos», la situación del vecindario llegó á ser cruelmente desesperante.

.....
El General Illingworth decía á O'Leary, en carta fechada el 23 de Enero:

«Mi compadre (el General Flores) impondrá á U. de cuanto le digo en orden á mi convenio con el enemigo, al que me disponía á resistir cuando me cercó con sus fuerzas por agua y dió la señal á los pueblos, empezando por el de Daule, donde fue miserablemente asesinado el Comandante Dávalos y uno o dos más, salvándose los jueces por la fuga. — Ya había oído algo de esta disposición en los cantones Daule, Baba y Babahoyo, hacían días. Pero ¿qué podía yo hacer, con el enemigo por delante y apenas cuatrocientos reclutas en la ciudad? Diré, mas bien, cuatrocientos prófugos del panteón; porque nuestra terrible situación no ha permitido que esta gente se sacuda del aspecto cadavérico con que me la mandaron. Sublevado Daule (1); cortada la comunicación con Baba, Babahoyo y Yagua-chi, con las nueve lanchas que plantó el enemigo allí, fuera de tiro de cañón, y en comunicación con los facciosos de

(1)—Ya hemos explicado qué clase de elementos fueron los autores de esas sublevaciones; en gran número criminales prófugos, etc.

Daule, á donde introdujeron tres oficiales de la 3ª División, con armamento y municiones; los demás de estos «suizos» en camino para el Morro y Samborondón; la segunda mitad del «Girardot» expuesta; cinco buques de guerra mayores, para oponerse á medias baterías, tan «admirablemente» construídas, que solo tienen una boca libre una vez fondeado un buque á tiro de pistola; la ciudad vacía de gente; el Gobierno abandonado de todos sus «soi dissant amis»; la certeza de que la división de Gamarra llevaba quince días de marcha, desde Paita. ¿Qué habría hecho U en mi caso?—No perecer miserablemente.—Conseguí el tiempo que pude, no para evacuar el Departamento, sino esta ciudad abierta, que quieren llamar «plaza»; que no importa dos bledos, estando bloqueado el puerto. Salvé la guarnición y las tropas que deben venir de Panamá.—He logrado también que no fomenten la rebeldía en los pueblos, y han reembarcado los quinientos fusiles depositados para el efecto en la Puná, además de llamar á los oficiales de la 3ª División que fueron al Morro, y para los cuales tendí una trampa, luego que me dieron tregua.—He tenido también, en esta transacción, otros dos grandes objetos, que espero lograr, pero que no fío á la pluma en estos tiempos.—Sé que mi conducta será criticada, y será necesario un Consejo de Guerra, antes de poder tapar la boca de los que se contentan con «probar su patriotismo» por la voracidad de sus lenguas; pero á U., como mi mejor amigo, le instruyo de las razones que me han dirigido»

En otro carta, fecha 19 de Marzo, decía al mismo O'Leary:

«Por lo demás, el General Sucre, sin querer, me hizo un terrible perjuicio, con «la orden que dió de evacuar el Departamento», en los mismos momentos en que había reducido la rebelión de los cantones, y estaba próximo á tomar posición para esperar el resultado de la batalla»

Para terminar con lo relativo á la Capitulación, veamos lo que agrega el historiador Cevallos»

«Como en el transcurso de los diez días,—dice,—no se

tuvo noticia alguna de la batalla (1), hubo que dar cumplimiento á la primera condición; y, en consecuencia, nuestras fuerzas evacuaron la plaza, y el Intendente Illingworth vino á establecer su gobierno en Daule, trayéndose los archivos, una imprenta y muchos objetos de propiedad nacional.

«A no ser por la *oportunidad con que se ajustó la Capitulación, habría habido que pasar por mayores trabajos*».....

«Merced al tino con que obró Illingworth se conservaron la lealtad de los pueblos, el entusiasmo de los habitantes de Manabí y la correspondencia con el Jefe Superior del Sur en su Cuartel General.»

Digamos, de una vez, que, ya terminada la campaña, el mismo General Illingworth solicitó que su conducta se sometiera al juzgamiento de un Consejo de Guerra.—Accedió á ello Bolívar; y el resultado fue que se declarara plenamente justificados sus procedimientos.

II

Establecido el Gobierno del Departamento en Daule, el Intendente Illingworth desplegó su actividad para aprovechar todas las ventajas que le ofreciera la Capitulación, reduciendo al enemigo á la ciudad de Guayaquil.

Conocido oficialmente el triunfo de nuestras armas en Tarqui, el mismo Illingworth se dirigió al Jefe peruano de las fuerzas que ocupaban esta plaza, exigiéndole la desocupación y devolución de ella, conforme á las extipulaciones de la Capitulación y al Convenio de Jirón, suscrito en seguida de la brillante jornada de TARQUI.

Pero la respuesta fue negativa; terminando el Jefe peruano por declarar que tenía «instrucciones para no desocupar la ciudad»; es decir, para quebrantar lo pactado, según costumbre de la «política» de ese país, que jamás supo hacer honor á sus más serios compromisos internacionales.

En consecuencia, Illingworth abrió campaña con las

(1) Ya sabemos que la batalla no se dió hasta el 27 de Febrero, en "Tarqui".

fuerzas de que disponía; pero nuevamente se vió contrariado por disposiciones superiores. I así, en la carta del 19 de Marzo, dirigida á O'Leary, decía, refiriéndose á la orden de Sucre para la desocupación del Departamento:

«Si él me hubiese dejado hacer, ya hace mucho tiempo que yo estaría en Guayaquil».....

Mas, tampoco tuvimos que esperar mucho tiempo aun. —Vino Bolívar á dirigir personalmente la campaña sobre esta ciudad; acampó en *Buijo* con el Ejército Colombiano; sobrevinieron algunos incidentes; y, al fin, fue devuelta la plaza de Guayaquil, en Julio de 1829.

El 22 de Setiembre del mismo año, se firmó, en esta misma ciudad, el Tratado de paz y límites, en el que el Perú reconoció nuestros derechos territoriales; tratado que está vigente, aunque sin cumplimiento, en razón de la eterna «política peruana», que no ha cambiado, que es la misma hasta ahora.

Pero los sucesos que siguieron á la escandalosa agresión de que fue víctima esta noble ciudad; pertenecen á 1829, en cuyo año se cumplen *tres Centenarios* importantes, que serán materia de otra relación histórica, continuación de la que ahora nos ha ocupado.

*
**

Los pueblos no deben ignorar ni olvidar nada de lo que se refiere á su historia; nada de lo que constituye y fija antecedentes que son saludables lecciones de la experiencia.

Es por ésto que, después de haber probado, documentadamente y con abundancia de detalles, cuanto hicieron estos tres Departamentos Colombianos del Sur; es decir, el Ecuador, por la redención del Perú (1); hemos querido recordar en estas páginas históricas, los dos hechos cuyos *Centenarios* se cumplen en este año de 1928; hemos querido

(1) Referencia a la obra "Guayaquil en la Campaña Libertadora del Perú".

evidenciar cómo la *Ingratitud* se apresuró á corresponder los nobles esfuerzos, los heroicos sacrificios de un pueblo que llegó al más alto grado de abnegación, para dar libertad á otro pueblo, que tan pronto fue el enemigo declarado de sus libertadores.

Guayaquil—1928.

